

Julio Mateu

SE VAN A TRASLADAR A VALENCIA LOS RESTOS DE DON VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(*La Calle*, 18-12-1931)

En estos momentos difíciles, que la vida política nacional cambia constantemente de gesto, de táctica, de color, de la misma manera y con igual facilidad que un clown se cambiaría de careta, no estaría de más volvernos de espaldas al futuro, para fijar nuestra mirada en aquellos hombres de innegable prestigio, que desaparecieron dejando trazada la línea recta que había de seguir la República. Don Vicente Blasco Ibáñez, aquel prócer sembrador de ideas liberales, que al alborear sus sueños en los dominios de España, cerró los ojos dando fin al poema helénico de su vida de nómada, debió tener como nadie, una visión exacta de lo que había de suceder al implantarse el régimen actual. Toda su existencia sacrificada en aras del ideal republicano, es un hecho evidente que prueba bien a las claras la exactitud de su objetivo. Lo más natural, lo más lógico en las circunstancias actuales, sería pulsar el oleaje de la opinión pública y consultar seguidamente los puntos de vista que tenía aquel repúblico, para nivelar las pequeñas divergencias que encontrásemos y adoptar medidas más eficaces.

### **Carácter**

Como nadie, absolutamente nadie, puede en estos momentos jactarse de profeta, porque la plataforma política pondría al descubierto sus errores, es conveniente a fin de no resbalar en incongruencias, aproximarse lo antes posible al tubo por donde fluían los conceptos más heterogéneos de nuestra época. Carlos Linares, secretario particular en los últimos años de don Vicente Blasco Ibáñez, tiene en su memoria —fiel espejo de la ideas del maestro— el recuerdo vivo del glorioso hombre político. A él acudimos movidos por un impulso —el único— que tenemos la mayoría de los españoles, para que nos saque de quicio con el sabor agridulce de sus palabras.

—Don Vicente —dice— no vería con buenos ojos los procedimientos burgueses que se han empleado para hacer más flexibles algunos artículos de la Constitución; seguramente, habría increpado a la mayoría de los diputados, por haber transigido a las exigencias de los socialistas. Con todos ellos hubiera entablado quizá violentas discusiones, antes de consentir que se aprobara el artículo 24 tal como está. Había sufrido mucho el maestro por culpa de los jesuitas y sus lacayos, para permitirles ahora

las consideraciones que se han tenido con ellos. Yo que conocía bien su temperamento, no puedo menos de mirar con extrañeza esos puntos tan deficientes de la República...

—¿Cree usted que hubiera hecho variar el sentido conservador que tiene el gobierno actual?

—Indudablemente, su perspectiva, la energía vital de su carácter, hubiera terminado con los demagogos; él iba «más allá» de todo eso. Fíjese usted lo que me decía a mí, días antes de comenzar a escribir *La juventud del mundo*: «Linares, cuando terminemos las novelas históricas, este trilogía de los hechos más salientes de la humanidad, daremos comienzo a una obra filosófica, que hará desvanecer todos los errores y las afirmaciones de los hombres científicos... Actualmente no salimos de cuatro confines: Norte, Sur, Este y Oeste: arriba, abajo, izquierda y derecha; todo es limitación, estrechez, mediocridad: la vida está mal comprendida, se mira desde un plano totalmente ilusorio... ¿Qué se diría de un barco en que la tripulación se sublevara al capitán y se comieran en tres días las provisiones de todo el viaje? Pues la tierra es un barco que navega en lo infinito, entre dos grandes misterios; el que nos acecha en la vida y el que encontramos después de la muerte... Ahora nos hallamos en un periodo de salvajismo inaudito; somos como niños que no saben nada de las cosas del mundo. Dentro de mil años, la época nuestra pasará a ser como en los periodos primitivos de la historia; a semejanza de la edad de piedra o la edad de los metales, a nuestra época, los que vivan en el siglo XXX la llamarán tal vez la edad del salvajismo...» Con esta protesta, con esta rebeldía hacia todo lo bajo, lo rastrero y lo vulgar, revelaba claramente «su» imposición contra todos esos perjuicios de los reaccionarios.

### **Sentido moral**

—Dígame: ¿cómo trataba el maestro a los magnates que le visitaban para proponerle fórmulas de Estado?

—En la mayoría de los casos esquivaba esta clase de visitas. Para él no había «arreglos» en los gobiernos; únicamente había cambios radicales; destruir el edificio, para levantar sobre el solar otro de nueva contextura. Su teoría se fundaba en la de Platón: «cuerpo sano, mente sana»; el sentido moral de sus ideas estaba muy por encima de esos «amaños». ¡Había que oírle cuando esos visitantes insistían en sus proposiciones! Entonces, sus palabras, caldeadas por la indignación, se convertían en proyectiles para tirar a tierra aquellos argumentos...

—¿Y lo conseguía?

—Siempre; el maestro no transigía un ápice sobre ese punto.

## **Amistades, correspondencia, recuerdos**

—Sus amistades, naturalmente, serían muy dilatadas, ¿no?

—Dudo que haya habido otro hombre que tratara a tantas personas; de todos los países del mundo llegaban amigos del maestro. A veces se juntaban en la sala de visitas gentes de todas las castas: pobres, multimillonarios, príncipes, aventureros... Todos venían a oír —como una bendición— la cálida voz de don Vicente.

—¿Y la correspondencia, cómo se las arreglaban para contestar a todas las cartas?

—Eso caía sobre mí; era un trabajo agobiador, que me tenía ocupado a veces hasta la madrugada.

—¿Recibía muchas?

—Doscientas aproximadamente diarias.

—¿Y de quién?

—Por lo general eran de casas editoras, que le asediaban pidiéndole originales; también recibía muchas de los escritores noveles, que pedían autógrafos del maestro.

—¿Leía mucho en los últimos años?

—Mientras conservó la vista en buen estado, se puede decir que leía —mejor dicho, estudiaba— todos los libros que recibía, ¡que eran muchos! Después, cuando ya no podía enterarse de su contenido tan rápido como deseaba, hacía que yo se los leyese, no sin reprenderme con cariño cuando me equivocaba.

—¿Guardaba algún recuerdo grato e impresionante de la vuelta al mundo?

—Muchos; pero lo que más le obsesionaba era el deseo de volver a Ceilán y Java. En uno de esos países, no recuerdo en este momento cuál, conoció a un príncipe que le proporcionó —según él— una de las emociones más agradables de su vida.

## **En Fontana Rosa**

—¿Qué vida hacía don Vicente en la Costa Azul?

—Se levantaba muy temprano, a las siete de la mañana; salía al jardín —al magnífico jardín, donde había bancos con arabescos dibujos de cerámica valenciana—, paseaba de un lado para otro, contemplando el cielo azul unas veces y otras, aspirando el aroma de las rosas y los jazmines; después entraba en casa y comenzaba inmediatamente a dictarme...

—¿Escribía mucho?

—Un capítulo; puede calcularse un promedio de treinta cuartillas a máquina.

—¿Todos los días?

—Sí; era lo que se dice un verdadero proletario, esclavizado por el deber.

—¿Y trabajaba muchas horas?

—Catorce por lo menos. Claro es que en los intervalos, cuando le dejaba tranquilo la inspiración, volvía a salir de nuevo al jardín para hablar de agricultura y del tiempo con los jardineros...

—¿Añoraba mucho su vida de nómada?

—Cuando se hallaba cansado o inquieto por el malestar que le proporcionara contemplar durante tanto tiempo el mismo paisaje, repetía: «viajar es mi ilusión», y quedaba pensativo, con la cabeza caída sobre el pecho, como una flor tronchada, golpeándose suavemente las piernas, «sus» piernas que no le permitían desafiar el peligro de los viajes.

### **Marcha a París**

—¿Y después?

—Se fue a París; necesitaba entrevistarse con ciertas personas y hacerse, al mismo tiempo, una pequeña operación. Iba contra su voluntad, arrastrado, lo dijo muchas veces; aquel estrépito de la capital de Francia le ponía nervioso, enfermo... Cuando volvió, como si sus mismas palabras hubieran trazado el maleficio de su destino, se hallaba ya en un estado incurable...

Y Carlos Linares, este hombre menudo, de ojos saltones, expresa el sentimiento que le causó la muerte del glorioso novelista, haciendo un pequeño chasquido con la lengua que equivale a dos lágrimas de mujer.

### **Colofón**

España entera tiene una deuda de honor que cumplir con aquel inmortal propagandista de las democracias que se llamó don Vicente Blasco Ibáñez. Sus restos, que desde el año [veintiocho] duermen en el cementerio de Menton, van a ser trasladados a Valencia. España, la España que él forjó con jirones de su vida, debe en estos momentos preparar su homenaje para que sirva de estímulo a los ex gobernantes que le vieron morir fuera de su querida patria.